

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península UNA PESETA al mes.—Extranjero, tres meses 7'50 PESETAS.

Comunicados á precios convencionales

Redacción y talleres: S. Lorenzo, 18.

VIERNES 9 DE NOVIEMBRE DE 1900

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

En cuarta plana. 00'05 pesetas línea
En segunda y tercera. 00'10 id. id.
En primera. 00'20 id. id.

Administración: Saavedra Fajardo, 15

Pasó la tormenta

Las noticias oficiales dicen que el movimiento faccioso de Cataluña ha terminado; que las partidas carlistas se han disuelto y que sus jefes se han internado en la frontera.

Quiera Dios que los hechos confirmen y den autoridad á la noticia, y que podamos decir que el fracaso ha sido nube de verano que asomó en el cielo de la política española y corre ya hácia el horizonte, habiendo descargado contadas gotas más sonoras que dañinas.

Pero la normalidad aun no se ha restablecido; aun continúan en suspenso las garantías constitucionales, medio inhabilmente aprovechado en algunas provincias para perturbar la ley social que garantiza la tranquilidad del hogar doméstico.

Nosotros protestamos de esa algarada carlista que ha propalado el desorden de España ante las demás naciones, pero no queremos el atropello como diaria manifestación del poder en la vida pública. Ese quebrantamiento de la ley constitucional debe ser aprovechado y dirigido contra los que ponen todo su empeño en dar origen á que los intereses de la nación sufran quebrantos enormes en su cuantía y desarrollo.

Hacer lo contrario significa una torpeza enorme y prueba á la faz de los pueblos falta de elementos para resistir con energía y rechazar cualquiera amenaza.

Lo perturbador no debe ser tolerado; el quebranto de la tranquilidad pública no debe ser consentido, y á quien semejantes ideas practique, debe tratarse con toda la dureza exigida por la conveniencia general.

Si al frente del poder oficial hubiera hombres prestigiosos, de voluntad suficiente enérgica para sumar en su provecho las simpatías de la opinión, esa obra se realizaría en bien de todos, sin lesionar derechos de nadie.

¿Los hay? Entendemos que no. Y en tanto más de lamentar es una falta cuanto el momento resulta crítico en grado superlativo.

Pasó la nube ¿Habrán dejado alguna enseñanza que resulte aprovechada? Pronto lo sabremos.

DE MADRID Á MURCIA

La cuestión del día

La insurrección carlista parece que está dominada y sofocada, pero hay que reconocer que existe un grave rescaldo y que el incendio puede producirse cuando menos se piense.

Las noticias oficiales, que se compaginan por cierto muy mal con las de otro origen, dan por fracasado completamente el complot carlista, y á creer lo que dicen los ministeriales y la prensa oficial, no queda ni el más débil rescaldo de lo que comenzó con caracteres de incendio formidable.

A ciencia cierta no sabemos cuál es la verdadera situación, pues el solo hecho de existir la más severa censura para la prensa, basta para desconfiar de las noticias oficiales.

Está fuera de toda duda que el alzamiento se ha efectuado á instigaciones y órdenes de D. Carlos.

A cuantas comisiones de nobles católicos le han visitado en estos últimos días, habló el Pretendiente de las conveniencias de un ensayo general de fuerzas carlistas.

Se recibieron en España instrucciones suyas y los emisarios de la guerra recorrieron los distritos levantando el ánimo de la gente montañés y belicosa.

El alzamiento se intentó; pero D. Carlos, al observar que había fracasado, publicó un artículo en un periódico de Venecia, desautorizando la intenciona.

También se refiere que D. Carlos, Cerralbo y otros jefes del carlismo eran enemigos de levantarse en armas, pero

que á D.ª Berta le entusiasma la idea de poder llegar á sentarse en el trono de España y persuadió á su marido y á los jefes para que provocasen la guerra civil.

Las últimas noticias de Viena comunican que D. Carlos ha declinado la responsabilidad del movimiento, dejándolo á criterio de los prohombres de su partido.

Hoy se reunirán en la frontera los titulados generales.

Créese que acordarán deponer las armas.

Muchos jefes y oficiales esperan órdenes en Perpignan.

La Mesa del Congreso

Para la Mesa del Congreso han sido nombrados los siguientes:

Presidencia, Villaverde; primer vice Laiglesia; segundo, marqués de Figueira, tercero, Aparicio; cuarto, Tavera, y secretarios, condes de San Simón y de San Luis y Mateo Silveira.

Rodríguez Sampedro no acepta la tercera vicepresidencia del Senado, ni Aparicio la tercera del Congreso.

Conflicto obrero

Aumenta la gravedad del conflicto obrero en Manresa.

Causa verdadera inquietud la persistencia de los patronos, que en modo alguno transigen con las moderadas bases presentadas por los obreros.

La comisión que representa á éstos se ha retirado por serle imposible llegar á un acuerdo con los patronos.

Fuerzas del ejército recorren las calles habiéndose tomado grandes precauciones.

Es extraordinario el número de obreros en huelga.

8 Noviembre 1900.



Fernandez de Navarrete

Si como marino demostró D. Martin Fernandez de Navarrete ser digno, por su valor é inteligencia, de pertenecer al cuerpo que tantos héroes y hombres de saber ha contado entre los suyos, como literato, historiador y científico, sus numerosas obras, especialmente la «Vida de Cervantes», «Colección de viajes y descubrimientos



que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV» y «Disertación sobre la historia de la náutica y de las ciencias matemáticas» demuestran la justicia con que es tenido como uno de los más ilustres españoles que vivieron en la segunda mitad del siglo XVIII y en la primera del XIX, y lo honradas que se vieron las Academias Españolas, de la Historia y de San Fernando al contarle entre sus individuos.

Fernandez de Navarrete nació en Avalos (Logroño) el 9 de Noviembre de 1765, y cuando solamente contaba quince años de edad ingresó en la armada como guardia marina.

Hasta 1814, año en que se retiró del servicio para dedicarse solamente á las letras y á las ciencias, Fernandez de Navarrete desempeñó importantes cargos, y tomó parte en las guerras que desde 1796 á 1802 y desde 1804 á 1808 sostuvo contra Inglaterra.

De su mucho valor como hombre de inteligencia, además de sus obras, dice mucho el que acaso fuera más estimado en el extranjero que en España; pues además de que hombres tan eminentes como Humboldt, Priscott, Berthelot é Irving acudían á él en consulta, le abrieron sus puertas la Academia de San Lucas, de Roma, las de Ciencias de Berlín, Bruselas y Turín, las de Geografía

de Londres y Paris, el Instituto de Francia y el de Rio-Janeiro, sin contar otros centros científicos de menos importancia.

Fué director de la Academia de la Historia, bibliotecario de la Española y vicedirector de la de San Fernando hasta el día de su muerte, que ocurrió el 8 de Octubre de 1844.

Además desempeñó los cargos de Consejero de Estado, de director del Depósito hidrográfico, senador y procer del reino.

Hernando de Acevedo

SONETO

Está el lascivo y dulce pajarito con su pieo las plumas arreglando; el verso sin medida, alegre y blando, estansando en el rústico arbolito.

El cazador cruel, al pobrecito se va con disimulo aproximando, y la velez saeta disparando, le arroja en un momento hasta el Cocito...

Así mi corazón, que libre andaba (como estaba de lejos destinado), donde menos temía ha sido herido.

Porque el flechero ciego me esperaba, por poderme cojer bien escondido, en vuestros bellos ojos escondido.

Luis Camoens.

CINEMATÓGRAFO NACIONAL

Para rematar un siglo dignamente, épica y noble, España, la infeliz, la abandonada, ofrece á los pueblos modernos que avanzan incansables, el espectáculo sangriento de un pasado negro y cruel que se rebela y lucha.

Sorprendidas por la noticia se detendrán las naciones triunfantes á contemplar la miseria de su hermana, y el suceso cruzará por toda Europa descubriendo el país de las visiones.

Como un cinematógrafo enorme, de imágenes grandes y soberbias, se extenderá España, y de sus yermos y de sus riscos saldrá la trágica nota que completa todos los horrores de una centuria. Ya me figuro á las gentes de otros climas interrogarnos con espanto. Rápidamente verán aparecer el país de las leyendas negras, tenderse las llanuras inmensas sembradas de aldeas vacías, de ciudades calladas, sin estrépitos ni afanes vivificadas: verán las callejas sombrías por donde atraviesan los hombres armados del trabuco tradicional, y en los llanos y en las angosturas de los montes verán los rostros feos de los cabezillos dar el alto á los trenes repletos de nuevas civilizadoras.

Seremos pródigos una vez más. Prodigaremos la sangre en unos espectáculos que hagan nuestro nombre simbolo de tragedia. Y para que la fama de nuestra patria, única en hechos sugestivos, se afirme y perpetúe, mostraremos las imágenes.

Paisajes requeridos por el sol, manchados con las alas de los cuervos que picotean sobre cadáveres, caminos solitarios junto á ruinas comiadas de la yerba; valles tristes, sin árboles, sin rios; tierras bravas, erizadas de peñascos; monasterios gigantes, carretas lentas y toscas, oabañas pobres en que rasguea la guitarra y cantan voces quejumbrosas la copla vieja de los moros, preñada de una melancolía intensa. El paisaje, en fin, de una ciudad que muere en un descampado baldío, en un crepúsculo largo, en un silencio más fúnebre que mil muertos, solamente interrumpido por el golpe plañidero de las campanas que vierten sobre los hombres la nostalgia de otros siglos...

Hasta que algún día esas naciones vigorosas, poseídas de un impulso humano, se acerquen á España y la conduzcan por el camino del bien, como una hermana rebelde, díscola y peligrosa á quien se sujeta.

José María Salaverria.

SECCION LITERARIA

La condenada

Catorce meses llevaba Rafael en la estrecha celda.

Tenia por mundo aquellas cuatro paredes de un triste blanco de hueso, cuyas grietas y descomaduras se sabia de memoria; su sol, era el alto ventanillo cruzado por hierros que cortaban la azul mancha de cielo; y del suelo de ocho pasos, apenas si era suya la mitad, por culpa de aquella cadena escandalosa y chillona, cuya argolla, inrustándose en el tobillo, había llegado casi á amalgamarse con su carne.

Estaba condenada á muerte, y mientras en Madrid hojeaban por última vez los papelotes de su proceso, él se pasaba allí meses y meses enterrado en vida, pudriéndose como animado cadáver, en aquel ataud de argamasá, deseando como mal momentáneo que pondría fin á otros mayores, que llegase pronto la hora en que le apretaron el cuello, terminando todo de una vez.

Lo que más le molestaba era la limpieza: aquel suelo barrido todos los días y bien regado para que la humedad, filtrándose á través del petate, se le metiera en los huesos; aquellas paredes, en las que no se dejaba parar ni una mota de polvo. Hasta la compañía de la sociedad le quitaban al preso. Soledad completa. Si allí entrasen ratas, tendría el consuelo de partir con ellas la escasa comida y hablarlas como á buenas compañeras; si en los rincones hubiese encontrado una araña, se habría entretenido domesticándola.

No querían en aquella sepultura otra vida que la suya. Un día cómo lo recordaba Rafael! un gorrión se asomó á la reja cual chiuuelo travieso. El bohemio de la luz y del espacio piaba como espresando la extrañeza que le producía ver allá abajo aquel pobre ser amarillento y flaco, estremeciéndose de frío en pleno verano, con unos cuantos pañuelos anudados á las sienes y un harapo de manta ceñido á los riñones. Dabó asustarle aquella cara angulosa y pálida, con una blancura de papel mascado; le causó miedo la extraña vestidura de piel roja, y huyó sacudiendo sus plumas como para librarse del vaho de sepultura y lana podrida que exhalaba la reja.

El único rumor de vida era el de los compañeros de cárcel que paseaban por el patio. Aquellos al menos veían cielo libre sobre sus cabezas, no tragaban el aire á través de una aspillera; tenían las piernas libres y no les faltaba con quien hablar. Hasta allí dentro tenía la desgracia sus gradaciones. El eterno descontento humano era adivinado por Rafael. Envidiaba él á los del patio, considerando su situación como una de las espantosas; los presos envidiaban á los de fuera, á los que gozaban de libertad; y los que é á aquellas horas transaban por las calles, tal vez no se considerasen contentos con su suerte, ambicionando, ¡quién sabe cuántas cosas! ¡Con tan buena que es la libertad!... Merecían estar presos.

Se hallaba en el último escalón de la desgracia. Había intentado fugarse perforando el suelo en un arranque de desesperación, y la vigilancia pesaba sobre él incesante y abrumadora. Si cantaba, le imponían silencio. Quiso divertirse rezando con monótono canturreo las oraciones que le enseñó su madre y que sólo recordaba á trozos, y le hicieron callar. ¿Es que intentaba fingirse loco? A ver; mucho silencio. Le querían guardar entero, sano de cuerpo y espíritu, para que el verdugo no operase en carne averiada.

¡Looo! No quería serlo: pero el encierro, la inmovilidad y aquél rancho escaso y malo, acababan con él. Tenía alucinación; algunas noches, cuando cerraba los ojos molestando por la luz reglamentaria, á la que en catorce meses no había podido acostumbrarse, le atormentaba la estafalaria idea de que durante el sueño, sus enemigos, aquellos que querían

matarle y á los que no conocía, le habían aterrorizado el estómago del revés. Por esto le atormentaba con crueldades pinchazos.

De día, pensaba siempre en su pasado, pero con memoria tan extraviada que creía repasar la historia de otro.

Recordaba su regreso al pueblecillo natal, después de su primera campaña carcelaria por ciertas lesiones; su renombre en todo el distrito; la concurrencia de la taberna de la plaza, admirándole con la boca abierta, y repitiendo con entusiasmo: ¡Qué bruto es Rafael!; la mejor chica del pueblo se decidía á ser su mujer, mas por miedo y respeto que por cariño; los del Ayuntamiento le alagaban, dándole la escopeta de guarda rural, espolando su brutalidad para que la emplease en las elecciones; reinaba, sin obstáculos, en todo el término; tenía á los otros, los del bando oido, en un puño, hasta que cansados éstos, se ampararon de cierto valentón, que acababa de llegar también del presidio, y lo colocaron frente á Rafael.

¡Cristo! El honor profesional estaba en peligro; había que mojar la oreja á aquel individuo que le quitaba el pan. Y como consecuencia inevitable vino la espera al aoecho, el escopetazo certero y el ramatarle con la culata para que no chillase ni patease más.

En fin, ¡cosas de hombres! Y como final, la cárcel, donde aún encontró antiguos compañeros; el juicio, en el cual todos los que antes le temían, se vengaron de los miedos que habían pasado, declarando contra él; la terrible sentencia y aquellos malditos catorce meses esperando que llegase de Madrid la muerte que, por lo que se hacía esperar, sin duda venía en carreta.

No le faltaba valor. Pensaba en Juan Portela, en el guapo Francisco Esteban, en todos aquellos esforzados paladines, cuyas hazañas relatadas en romances había escuchado siempre con entusiasmo, y se reconocía con tanto redajo como ellos para afrontar el último trance.

Pero algunas noches saltaba del petate como disparado por oculto muelle, haciendo sonar su cadena con triste repiqueteo. Gritaba como un niño y al mismo tiempo se arrepentía, queriendo ahogar inutilmente sus gemidos. Era otro el que gritaba dentro de él: otro al que hasta entonces no había conocido, que tenía miedo y lloriqueaba, no calmándose hasta que bebía media docena de tazas de aquel brevaaje arriente de algarrobas é higos, al que en la cárcel llamaban café.

Del Rafael antiguo que deseaba la muerte para terminar pronto, no quedaba más que la envoltura. El nuevo, formado dentro de aquella sepultura, pensaba con terror en que ya iban transcurridos catorce meses y forzosamente estaba próximo el fin. De buena gana se conformaría á pasar otros catorce en aquella miseria.

Era receloso; presentía que la desgracia se acercaba; la veía en todas partes; en las caras curiosas que asomaban al ventanillo de la puerta; en el cura de la cárcel, que ahora entraba todas las tardes como si aquella celda infecta fuese el lugar mejor para hablar con un hombre y fumar un pitillo. ¡Malo, malo!

Las preguntas no podían ser más inquietantes. ¿Qué sí era buen cristiano? Sí, padre. Respetaba á los curas, nunca les había faltado en tanto así; y de la familia no había que decir; todos los suyos habían ido al monte á defender al rey legítimo, porque así lo mandó el párroco del pueblo. Y para afirmar su cristianismo, sacaba de entre los gñapos del pecho un mazo mugriento de escapularios y medallas.

Después el cura le hablaba de Jesús, que con ser Hijo de Dios, se había visto en situación semejante á la suya, y esta comparación entusiasmaba al pobre diablo. ¡Cuánto honor!... Pero aunque halagado por tal semejanza, deseaba que se realizase lo más tarde posible.

Llegó el día en que estalló sobre él como un trueno la terrible noticia. Lo de Madrid había terminado. Llegaba la muerte; pero á gran velocidad, por el telégrafo.

